

TIEMPO CONTINUO

Antonio Delgado / Escuela Nacional Preparatoria

La intensa vibración producida por el canto de los sapos hundidos en la acuosidad del tiempo lo abstraía; sólo pensaba en ellos, y era como fugarse en esa sorda percusión abismática: densos animales fríos desde su origen. Necesariamente acabarían por irse: ¿y luego, después? Debía hallar la forma de pensar más allá de ese día perdido y verse a sí mismo sin el desconcierto de ahora; superar la velación y abolir el silbo que le quedaba después de haberlo intentado. No vivir en ayer y hoy, ni encontrarse de pronto con un límite absoluto: desdoblarse hacia mañana, trasponer el dique del abatimiento que estaba a punto de vencerle.

Podía lloviznar hoy: podía lloviznar hoy y ayer, nadie sabría lo que esto pesaba en su interior porque, sola, en él, la humedad cundía haciéndolo eructar un olor podrido. Acaso por dentro le crecieran ya los herbazales propios de la humedad. Mas el canto hondo de los sapos lo impelía hacia el centro; sapos que bien podían haber sido mariposas por estar más cercanas a esa irrealidad onírica. Quizás hoy estuviera pensando en su canto frágil: ¿cantarían? : quizá, también, el tiempo fuera diferente y no habría ese silbo constante de látigo, de víbora, que había sido, sin duda, la causa de que sus perros amanecieran muertos.

Te detendrás en la acera de enfrente: buscarás entre tus escombros royéndote la sangre: predecirás: acres estadios de locura: fulgurante cegadora luz: insecto torpe que sabe su fin y lo permite: tú: influido de caínico temblor visceral, estarás metido en la circularidad hierática de los días: esfera de imposibilidades: predispuesto a llorar por alguien: tú: por ese ser salido del orden que le era: sacado a la fuerza por las manos brutales de la especulación: huidizo: no causa, sino consecuencia: te asombrarás: pureza del instinto: viscosidad de llaga: niño lacerado por el signo del que sabe que lo lleva y busca el instante de decirlo: lo dirás: herido en tu interior: ¿lo dirás?

Tenía la sensación de que le sobrenadaban los restos de unos animales hinchados y fríos: escudriñó la mañana casi a punto de esfumarse.

—Habrá una invasión de sapos —había dicho, y recordó la hipersensibilidad del perro, su capacidad engañosa para ver figuras inexistentes y tuvo miedo de lo expuesto.

Mirarás cómo llueve y estarás así muchos días: más de los que en ti se pierden irremediabilmente.

*Yo te hablaré de ellos: del desmadejamiento
de horas: de la gomosidad de los segundos
impensados.*

Hondo; como desde el fondo de un túnel, crecía: ruido sordo y monorrítmico traspasando el esqueleto diurno, anquilosado, de los días: niños en ataúd.

Ella estaría a la puerta, sentada en la mecedora de palma torcida, con las manos enredadas en el mandil de estampado maltrecho y mantecoso. Era ya una manía creada por las circunstancias. A las seis de la mañana se ponían en pie y, apresuradamente, ella, encendía el fuego y arrimaba la olla del café; rodaba luego la mecedora y se sentaba: vigía de los acontecimientos, inmóvil, rodándole las lágrimas involuntarias: envejecidas unas en otras.

—¿Has pensado en lo que significa esto? —Era el quinto día; se sobó los pómulos de tonalidades verdosas—. Las cosas no son los que son; recapacita. Hazlo; la sogá está tensa: bastaría un tirón para dejar de ser. Muchos celebran lo que ocurre y piensan que terminará, que ya concluirá; pero, ¿qué significa esto?

Apretó contra el pecho los comestibles e intentó recordar: ¿había sido martes, acaso? Martes: soñó que volaba y que caía, de pronto, diluyéndose, dejando partículas suyas en las aristas del viento. Aun persistía la impresión de la caída: había sido, suponía, como si emigrara de lo que, para él, en ese instante, era la pureza, y se internara en la morbidez de un tiempo estático: le punzaban los dedos y un olor indefinido manaba de aquel sitio: iluminación lilácea fluyendo de flores idénticas que pendían de postes, cornisas y barandas: él flotaba: la parálisis del sueño le impedía descender con la velocidad deseada y, no obstante, presentía el final, trocándose en angustia aquello: quiso escupir, decir que había matado a alguien en algún punto, subrepticamente: el rencor del llanto le obstruía la garganta. Después, sólo los ojos le quedaron íntegros y el olor impreciso se filtraba en ellos: ¿cómo era que percibía el aroma así? Entonces, cuándo, se materializó una fuente oval y surgieron: de la nada surgieron: saltaban de dos en dos,

de dos en dos,
de dos en dos.

Hoy era el veintiavo día y él estaba en la acera de enfrente, anonadado, tergiversada la noción horal en el futuro. Habían amanecido algunos cadáveres en el patio: también sus perros murieron a la madrugada, después de ladrar, de haber ladrado toda la noche a sus visiones. Experimentó, al verlos, un estremecimiento, miedo: quedarse como ellos: rígido. Se preguntó por qué los perros no morían de otra manera.

La muerte es el retorno al origen: lo supo cuando dejó caer la última paletada de tierra.

Sentirás cómo rueda tu sensibilidad: tú confuso: extraviado: no temas: después de la creación el caos fue la posibilidad más firme: sucumbió al orden.

Mírame: principio donde finalizas: retrocedo en tus días: soy un día más que tú: izo las manos y palpo la bajedad del cielo: tú no: tú estarás en la acera de enfrente: coloquio de tus yos huyendo.

Vio venir al capitán Neri agazapado en su poncho: vieja raíz enferma de pólvora y de mosquetones. Caía una llovizna insistente y fina. Caminó hacia él sin convicción.

—¿Qué hay? —dijo.

—La misma madre —farfulló, y sus ojillos verdes y feroces fueron más allá del odio en las palabras—; y lo peor es que tendremos para otros tantos días.

Se sacudió las botas de montar una contra la otra y carraspeó.

— ¡Puchas! —dijo—. Parece maldición. Sí que lo parece. Ah, y las lenguas rayadas han empezado a decir tu nombre muy a menudo. Sé que no es justo; pero es una posibilidad, ¿entiendes? —Alargó los ojos por debajo del ala del sombrero hacia algún sitio—. ¿Y tu mujer? —dijo, distante.

—Ya sabe: el influjo del tiempo la domina. Ahora está verdosa y amarilla. Y llora.

— ¡Mierda! —dijo el capitán; luego señaló un cadáver: —Esta mañana he visto cuatro o cinco; siempre es mejor saber que son susceptibles de morir. —Escondió la mano y agregó: —¿Vas a la cantina?

—No. Salí. . . —se encogió—. Salí por provisiones.

—Entiendo.

Se alejó unos cuantos pasos y giró: bullían las fieras verdes de sus ojos.

—Estoy contigo —le dijo, y se echó a caminar, agazapado.

El permaneció en la acera de enfrente, deseoso de gritarle al capitán pretextando cualquier cosa para retenerlo. Luego, al arreciar la lluvia, decidió cruzar la calle; lo hizo sin apresuramientos, volviéndose aún a ver al capitán Neri que en ese instante se untaba al ocre de una barda y casi desaparecía: era un buen hombre el capitán; aferrado a los principios envejecidos de una revolución frustrada, erecto a los ochenta años, delgado, de pelo gris y lacio. Ahora le parecía verlo como por el ojo de una cerradura, acechante, a punto de fugarse en su actitud felina.

Dejó las provisiones sobre la mesa; el fuego declinaba en ceniza y el viento de la lluvia se colaba por algún resquicio: buscó con los ojos: destapó luego la olla del café y un vaporcillo se arrastró en la superficie oscura del líquido.

—No quisiera decirlo, Mariana; ha sido sólo un sueño.

—Jacinto Niebla: los sueños son la vida latente del hombre, y pocos son los que logran romper el cascarón de la evidencia. Dilo. Pudieran ser indicios de un devenir catastrófico.

—Creerán que empiezo a incurrir en la vejez.

—La transfiguración no es vejezzzz. . .

Tapó la olla y alargó el oído hacia fuera: la lluvia había entrado en la monotonía de la permanencia continua. A esta hora Mariana lloraría copiosamente y estaría contando y recontando los cadáveres diseminados en el patio: ella, con un dejo de amargura. Ni él mismo podía sustraerse a la tentación de recontar; se percató de ello al ir a hacer las compras: uno dos tres. Y quería resistir oponiendo otras ideas y éstas se desvanecían para dar paso a aquello. Había visto a unos niños arrastrando su juguete hinchado, atado con un hilo, entre los charcos. Siempre uno dos: aquí otro, puntapié. Todo había empezado un martes: ¿de cuándo, de qué siglo?

—Habrá una invasión de sapos —había dicho, tenso el aire seco de la tarde. Ahora las lamentaciones eran seres ciegos en las encrucijadas y de nada valía que la gente lo viera con extrañeza o con esa actitud acusatoria y convergente de quien busca la evasión de su culpa en otro.

En el primer instante los hombres de la cantina habían sonreído por debajo; y cuando él se arrodilló para repetirlo y dijo, además, que aún sentía muñones de alas en vez de manos, las risas revotaron en las bombillas y salieron a las calles murmurando su nombre sin decoro. Maniático —le dijeron—; al rato andarás matándote en el monte como José Destino. Se puso en pie, entonces, y salió, ayudado por alguien sin rostro, al histérico sopor de la tarde. Parecía como si el mismo mar formara una altísima barrera de bramidos, y había un color plúmbico royendo la osamenta de las cosas.

—¿De qué color es ese árbol? —le dijo a un niño, y el niño se había cubierto la boca burlonamente para que no lo viera reír. Era el martes más denso que recordaba. Mariana tendría entonces los ojos predispuestos al fin de la primavera y su piel rezumaría los olores póstumos de mayo.

A las cinco y treinta reventaron el primero: lo pasearon ensartado en un palo y lo escupieron, jugando. Y en los treinta minutos siguientes la caza había tomado caracteres de campaña; entretanto, la ronquera de la reproducción hacía sus primeras víctimas: dos ancianos amantes se lanzaron desnudos a las calles pidiendo piedad, enloquecidos. Luego los culparían de depravación e intentarían lincharlos, con la anuencia de ellos mismos, en un acto de expiación colectiva.

Las luces permanecieron encendidas hasta la madrugada, cuando la tormenta impuso sus ruidos y la gente concilió el sueño. El no había dormido: Mariana segregaba el dulce aroma triste de la reseda: lo sentía en el paladar: lacio: le bajó a los intestinos en precipitación aceitosa y tuvo la certeza de que en él engendrarían tumores mielosos. Empujó la lengua contra los dientes hasta sentirla adormecida, mas la sensación melíflua continuaba ahí, escurriendo.

Los perros habían empezado a ladrar desde temprano y a esa hora todavía se quejaban. El día siguiente fue mortal: la lluvia no cesó e inútilmente había esperado él que escampara para ir por víveres, previniendo lo peor. Estuvo girando en la casa, de una habitación a otra, escabulléndose a la ansiedad de salir y gritar, saber si aún dudaban. Mariana reconstruía una colcha con sobrantes de tela; tenía los ojos anegados, y aunque intentaba ocularlo, los labios resecos acusaban la sorda debilidad en la que se debatía.

Apretó el broche de presión del cuello del poncho y la miró: eran las siete de la tarde y el viento y la lluvia daban tumbos afuera: al abrir la puerta tuvo que luchar con una ráfaga desesperada.

En la tienda esperó turno, hundida la barbilla en el pecho y viéndolos saltar incansables, como en un burdo juego. Un escalofrío tenue se apoderó de él: más que el miedo, era el asco de estarlos viendo el que rondaba en su interior. Cómo era posible sentir tal desencanto: siempre habían vivido en él con la suavidad o aspereza que él mismo les confería: y ahora salían y los paseaban ensartados en palos, los escupían. Esa caída onírica debía ser el principio de todo: una cadena. La lluvia podía tener explicación, no así esa pérdida en el tiempo.

Abrió la puerta y entró. Mariana, ovillada en la mecedora, estaría invadida de vaguedad, de olvido.

Hoy eran veinte días y la vida volvía a su continuidad; aunque algunos presentaban los estragos y veían el tiempo de soslayo, pasando por él con el mismo ritmo de siempre. El había intentado pasar así, impreciso; o más bien, dándole un valor ficticio al tiempo, midiéndolo por acciones rutinarias y no por segundos o por muertes, ni por esa pesada soledad de espera.

—Habría una invasión de sapos —había dicho y, ¿quién se lo creyó, ese martes, en la cantina?

Solamente Mariana lo había creído antes de que él fuera ahí a decirlo: ella misma lo instó a ir. Mariana: muchas veces pensó si no existiría un pacto subconsciente entre ambos, que los hacía ser parte uno del otro, que los hacía ser uno y otro.

—Hay instantes en uno que no son, Mariana.

—Sí; crecen confusos, desdibujados.

—Es como si en otro sitio estuvieran siendo o siempre a punto de ser.

Y Mariana lo había visto desde el fondo de sus ojos de color tabaco, sin defensas, abiertamente.

Ahora ella estaría llorando, víctima del tiempo.

Abre: quiero que empujes esa puerta: que digas que tus manos se alargaron hasta el día

de mañana: que ahora te recuerdas desde el futuro.

Yo te he visto mañana a la intemperie, cayendo definitivamente.

El viento alcanzará tus ojos y los hará polvo con su esmeril azul.

Abre: traspón ese dique: mirame sin ti, llorándote, dejando de ser porque tú ya no eres y has caído.

Tú empujarás la puerta: la verás: ella tendrá restos de lágrimas: llorará aún: más y más: todavía: tú querrás explicarle lo inexplicable: empujarás la puerta, ¿cuándo, por qué? Le dirás:

Mariana: en ti mis días se purificaron y hube querido hallar la muerte de la confirmación. Tú dijiste que era yo la transfiguración de otro yo preconcebido: tú dijiste que era necesario entablar una lucha constante contra el caos porque el orden en los seres es vital: que no bastaba haber llegado sino permanecer.

Mariana: aquí estoy.

Afuera llueve, irremediamente: este perverso tiempo estancado es el final de mi llegada y permanencia.

He pensado en los sapos, Mariana: lo que pudieran significar. He llorado por mis perros muertos, y más adentro de mí han empezado a barbotar sueños distintos: aún no creo en estos sueños: no los comprendo: sólo siento la proximidad de sus cuerpecitos: sus manos dulces palpando mis vísceras: sus bocas tibias y suaves intentando mordirme. Los sueños muerden. Ahora, en este instante, he sentido su respiración: dan vuelcos: se quedan quietos: temen un ataque devastador: soldaditos miserables en el centro de la explosión, parecen.

Abriré la puerta y me verás: abriré la puerta y tus manos apergaminadas se alzarán cantando como siempre: abriré: ¿me verás?

El capitán Neri se le había quedado mirando con todo el extrañamiento que implicaba la noticia.

—¿Sapos? —dijo.

Se desmontó los anteojos que usaba para sus lecturas y levantó la vista por sobre el horizonte. Las crestas de unas nubes amplísimas sobresalían en un mediodía seco. El cielo era azul aunque con cierta tendencia al gris y cruzaban los tordos con su vuelo convulso.

—¿No lo cree? —dijo Jacinto Niebla.

El capitán parpadeó y sus ojillos verdes fulgieron al filo de la duda.

—¿Se puede creer semejante bola? Mira —dijo, y pareció buscar las palabras apropiadas—; los sueños pueden ser todo lo hermoso o extraño que tú quieras, tener, incluso, visos de realidad; pero de esto a que deban ser realidad, hay una distancia despiadada.

—Vendrán, capitán: lo he sentido en la sangre.

—Bueno —dijo el capitán, y escupió—; en cuanto lleguen los mandamos al carajo. ¿Es todo?

—Es todo.

Jacinto Niebla dio la vuelta para salir del patio de crisantemos a la calle, sorprendido; entretanto, el capitán Neri guiñaba los ojos y volvía a escupir, más que por manía por romper esa aceptación inoportuna que había presentido desde el inicio, casi desde la llegada de Jacinto, y que amenazaba parapetada, sin duda, en alguna flaqueza. Además, estaba convencido, una singular tristeza se había removido en el aire en ese momento y nítidamente pudo escuchar el rumor del mar con el acompañamiento respiratorio de una enorme bestia en calma. Y él procuró olvidarlo, olvidarse de esa secuencia sentimentaloides que

lo invadiera a raíz de todo ello, mas esa misma tarde en la cantina oyó a Jacinto Niebla repetirlo con vehemencia hasta caer de rodillas en medio de las risas, abatido, y se preguntó hasta dónde sería capaz de aventurarse, un hombre, con una imaginación vasta pero obcecado él mismo. Pensó si Jacinto Niebla no sería presa del desequilibrio ya y lo ayudó a salir de ahí pidiéndole, exigiéndole de hecho, se controlara e hiciera por olvidar esa historia absurda.

—La obsesión —le dijo—, coarta la libertad.

Y Jacinto Niebla le dejó caer el peso de una mirada fría y sin memoria y se escabulló de sus manos.

—¿Se puede olvidar lo que es parte de uno mismo? —dijo antes de irse, tambaleante.

El capitán regresó al interior de la cantina, sofocado por esa tarde cambiante y calurosa, y sorbió de la cerveza un tanto tibia que aún restaba en su tarro; fue entonces cuando divisó en el espacio central a un hombrecillo tiznado, clavado de rodillas e imitando a Jacinto, haciendo bailar sus ojos saltones y gimiendo. Los demás reían. El amargor se impuso y sintió cómo se le contraía el estómago rabiosamente. Extrajo unas monedas y las dejó sobre la mesa.

Todavía apoyado en la pared se tumbó los lagrimones con el dorso de la mano, sintiéndose aliviado y adolorido, sin embargo, de no sabía qué región precisa.

Durante el trayecto de retorno a casa (¿lo sabe ya, capitán; lo ha escuchado?) pensó en alguien que era justamente nadie y, que, no obstante, se ahondaba en el recuerdo como una cicatriz. Sólo cuando tuvo frente a los ojos el animal atravesado por una púa y a Jacinto Niebla mirándole con una mezcla de confusión y odio, temor acaso, empezó a comprender lo que ocurría.

—Lo siento —dijo; aunque sabía con certeza que nada se iba a remediar. No porque se hubiese posesionado de él el escepticismo, sino porque había perdido una batalla. Y pasó la noche en vela, vigilando no sabía aún qué decisión ni qué argumentos, como esperando una sentencia, privado de sus más esenciales derechos y expuesto, así, cuan triste era, a confesarse la inutilidad de su vigilia. Oyó, distantes a pesar de todo, los aullidos infinitos de la tempestad y las bombillas se apagaron dos o tres veces a causa de interferencias y dos o tres veces, él, escuchó el golpeteo ciego de la sangre. Si él hubiera tenido por cierto lo que dijera Jacinto Niebla, si él hubiera.

—Vendrán, capitán; lo he sentido.

Apretó los puños hasta extenuarse y muy avanzada la mañana abandonó su sillón y dio unos pasos, ¿es que había ocurrido algo?

Estaba entumecido y solo, definitivamente solo, con un hijo suyo emigrando siempre de él desde hacía cuántos años.

*Tú empujarás la puerta: la verás: más y más:
¿cuándo, por qué? Le dirás:*

Mariana: abriré la puerta y me verás: olerás a lluvia y musgos: verde tú: amarilla tú: llorante: sombra de este venir en busca del silencio acumulado de tus manos.

Porque yo vengo con el dolor de tantas muertes en el pecho: porque yo vengo trastabillando y tú, tranquila, intentarás hablarme de tus días: mas yo empotrado en el tiempo: enquistado: sólo acepto de ti, que lloras.

Abriré la puerta y el reloj de tu habitación estará marcando las once horas ¿de qué día? Acaso te diga: sí: acaso te diga que esta mañana, al levantarnos, toda tú tenías un aroma de tumbas y de muertos.

El capitán parpadeó como tratando de seleccionar un indicio entre todos: era una vez más el olor de hojarasca podrida. No nauseabundo, no: más bien como un recuerdo, como el sabor que deja un recuerdo determinado: acaso lejano lejano: pero recuerdo.

Ella entreabrirá los ojos de color tabaco:

agrietados: moverá los labios, hundidos entre las encías, queriendo pronunciar palabra y:

El capitán Neri le palpó la frente: ardía en fiebre y un aire le silbaba, agudo, en la garganta, como si de más adentro estuvieran tirando densas manos animales, garras de seres angustiados.

*Ella sentirá que se va cada vez más: le escurrirá el sudor frío y las palpitaciones se sucederán con más frecuencia: un animal le morderá las ingles: ¿víbora? el dolor subirá a empujones hasta estallar en el cerebro: estrépito de cien tambores: ah, los alacranes: ah, los alacranes.
Se retorcerá en la lumbre de la crisis y el crujir de sábanas se reproducirá en un eco infinito.*

*Ahora entraría él: sí: ahora entraría con la tristeza de un cirio: tal vez trajera una flor: blanca: a ella le gustaban las flores blancas por esa aparente fragilidad: por aquel estar siempre a punto de la muerte.
Le besaría las manos: de tan viejas suaves: mariposas olvidadas en el extremo de sus brazos.*

—Me gusta el olor que despides, Mariana —le diría— Me gusta siempre y por eso estoy aquí; mírame.

Ella seguirá haciendo una colcha de vivos colores cuadriculados para ponerla a la cama la primavera próxima: cuando las ventanas se abran para recibir la luz azul que vendrá de todas direcciones: tú tirarás tu tristeza: la ayudarás sin decirle nada: sin exponer tu sueño de la noche anterior: tú entrarás.

Ahora entraría él: seguramente él: él.

Mariana: tenías las uñas largas y ennegrecidas, y de tu pelo pendían tulipanes: sin embargo, tú: alta y sola: eras en ese instante tal como te había imaginado en otro instante de otro día que no recuerdo: sucede que la continuidad me pierde en mí mismo: me busco y me hallo buscándome: ahora, por ejemplo, ocurre que vengo por la calle para empujar la puerta que empujo y que chirrea dolorosamente: tú me ves: de más atrás de tus lágrimas: cuentas los cadáveres: ¿cuántos? , ¿cuántos?

—Ahora son diez —dirás.

O dirás que son decenas de miles y miles: que sigue lloviendo: que el agua asciende: incesante: que las casas ya no son casas, sino peceras en las que nosotros vivimos, cautivos de seres acuáticos que nos observan insistentes y, no obstante, sin intención: yo te diré: te diré: ¿qué cosa? Te diré.

Tú entrarás y le dirás: ¿tú entrarás y le dirás?

El capitán Neri probó el filo del machete con el índice: era suficiente. Salió al patio, adolorido todavía por la vigilia de esa noche insomne; la mañana se perdía en el sopor caluroso, y los crisantemos, inclinados por el peso de sus flores desgredadas, lucían cenizos y sangraban un aroma castigado y breve. ¿Ni siquiera nubes? Empezó a segarlos con toda esa rabia acumulada a través de noches y noches increíblemente vacuas, amputadas de toda posibilidad; descargaba certeros machetazos, como debía ser la muerte: ¿sería?

En la calle se escucharon ladridos y Jacinto Niebla, parándose frente al seto, hizo callar sus perros.

—¿Qué hace? —dijo entre sorprendido y abatido.

—Nada —dijo el capitán, bufando—; tumbo esta maleza.

—¿Pero los crisantemos!

—También los crisantemos tienen sus días de muerte. No te inmiscuyas; es mejor así.

Además, pudieran ser nidos de sapos cuando las lluvias.

—¿Sapos?

—¡Mierda! Los sapos pueden venir de un instante a otro, ¿o no?

—¿Qué ha soñado, capitán? —dijo Jacinto Niebla.

